

Las otras, que á su lado presurosas  
Caminan, de sustancias amorosas  
Y gomas delicadas  
A embalsamar el cuerpo preparadas,  
Cargadas van, y á su dolor se mira  
Que da alguna templanza  
La animadora voz de la esperanza.

Mas súbito en la calma que respira  
La dormida region, un trueno ronco  
Como de arena temblor los aires hiende:  
Como impetuosa de robusto brazo,  
Y al rudo estruendo, bronco,  
Los guardas semi-muertos de pavura  
Unos sobre otros ruedan al ribazo,  
Los rostros contra el suelo,  
En redor de la eterna sepultura.  
Y las santas mujeres, cuyo celo  
Y acrisolado amor no abandonara  
A Jesus, ni aun al mismo pié del ara,  
Retroceden ahora temblorosas,  
Temiendo repetidas  
Ver aquellas escenas espantosas  
Nunca en el bajo mundo sucedidas,  
Que acompañaron el postrer momento  
Del Sumo Emperador del firmamento.

Pero un ángel divino,  
Cuya inmortal, flotante vestidura,  
Escedia en blancura  
A la nieve que el ábrego amontona  
En la cumbre, del Líbano corona,  
Al sol iluminada matutino:  
Sentado del sepulcro en la ancha losa,  
Con voz cuanto benigna, cariñosa,  
A las santas mujeres animaba  
Y á penetrar en él las convidaba.  
"No temais, les decia:  
Sé que buscais al hijo de MARÍA  
Que fué sacrificado;  
Mas aquí ya no está: como lo habia  
Dicho, ha resucitado  
Al alba pura del tercero dia:  
Llegad, y ver podeis dónde pusieron  
Al Señor, los que aquí le condujeron."  
Y las santas mujeres se acercaron,  
Y en el sepulcro entraron,  
Y las fajas de mirra perfumadas,  
Y el sudario vacío, penetradas  
De pasmo y alegría contemplaron.

Mientras Miriam sentada en el nudoso  
Tronco de un viejo olivo que se alzaba  
No muy lejos de allí, su rostro hermoso  
De admiracion radiante y a'egría,  
Con un jóven del pueblo conversaba  
En voz que apenas el aire percibia.  
Aquel que el tosco traje revestia  
De un pobre labrador, era el eterno  
Triunfador del pecado y del infierno;  
El Redentor, que al mundo  
Un instante volvía

Desde el fondo del bátratro profundo!  
—Miriam en sus entrañas maternas  
Probó entonces tal suma  
De júbilo y placeres celestiales,  
Que describirlo no es de humana pluma,  
Ni contarlo de lenguas terrenales;  
Ni pudieran los miseros mortales  
Sentirlo ni aun en parte reducida,  
Sin perder con el júbilo la vida.

Cuando cuarenta soles trascurrieron,  
Salió Jesus de la ciudad, seguido  
De aquellos que en su amor ha preferido;  
Y juntos dirigieron  
Sus pasos de Betania á las alturas;  
Allí de do descubren las llanuras  
De Jericó, y las aguas estancadas  
Del Muerto mar, y las corrientes puras  
Del Jordan apacible, sus pisadas  
Detuvo la piadosa comitiva.  
Y allí por vez postrera,  
La fuente de agua viva  
A raudales brotó libre y fecunda,  
La creacion entera  
A rescatar de servidumbre fiera,  
De aquel que en el error su imperio funda.

#### LA ASCENSION.

##### II.

Las últimas miradas  
Fijas aún en los que atrás se deja,  
Las manos levantadas,  
Bendice y aconseja  
La amada multitud de que se aleja.

Y en blando movimiento,  
Como se va en los aires elevando  
Suavísimo concento,  
Del cielo fué bajando,  
Montañas y llanuras alegrando.

Sobre intranquilas nubes  
Se ciernen por millares de millares  
Los fúlgidos querubas;  
Y las tierras y mares  
Atónitas escuchan sus cantares.

Cesa el sordo mugido  
Del mar: callan los vientos bramadores,  
Y el céfiro dormido  
Se oculta entre las flores  
Fijas sobre sus tallos cimbradores;

Y hombre, ni bruto, ni ave,  
Hubo alguno que osado interrumpiera  
Aquel silencio grave;  
Y hasta en la azul esfera  
Detuvieron los astros su carrera.

#### MARIA EN EFESO.

##### III.

En el negro horizonte  
Del Gólgota, de sangre enrojecido,  
Miro el *Sol de Justicia*, oscurecido;  
Mas sobre el hondo valle y alto monte,  
Con mas benigna llama,  
Luz y grato calor al par derrama  
La *Estrella de los mares*,  
Del gran rescatador en los altares.

Mas no vibra amorosa  
Sus rayos puros en la patria amada;  
En tierra de Sion muy apartada  
Con la de *Magdalum* jóven hermosa,  
Y Juan, el preferido,  
Que al destierro á las dos ha conducido,  
Vive, esperando el dia  
De á la mansion volar de la alegría.

En Efeso, altanera,  
Se refugió Miriam, del odio insano  
Por escapar del opresor romano,  
Que con soberbia impía y saña fiera  
Persigue á los que oyeron  
La voz del Salvador, y la siguieron,  
De los dioses mentidos  
Los altares dejando maldecidos.

Y en el destierro llora  
La tierra del Señor santificada,  
Por Juan y Magdalena acompañada,  
MARÍA, de los ángeles señora;  
Empero el sumo instante  
Se acerca, en que ya libre el alma amante  
De sustos y dolores,  
Vuele hácia la region de los amores.

##### IV.

En la ribera undosa  
Del bello mar Icario,  
Del astro vespertino  
Al moribundo rayo,  
Ocultas en la sombra  
Al pié de algun peñasco,  
Se miran dos mujeres  
Cubiertas con sus mantos.  
Miriam y Magdalena  
Son, que los lares patrios  
Recuerdan afligidas  
En el confin estraño.  
Y Efeso en vano ostenta  
Sus torres y palacios,  
Sus plácidos jardines,  
Sus muros almenados,  
Sus límpidos arroyos  
Y sus feraces campos;

Que en calma religiosa,  
La creacion asiste conmovida  
A la ascension gloriosa;  
Y un instante la vida  
Quedó en el universo interrumpida.

En tanto que en la cumbre  
Sigue del Redentor el blando vuelo  
La santa muchedumbre,  
Con amoroso anhelo;  
Que van con él su paz y su consuelo.

Y aun á sus ojos brilla  
El suave fulgor de su semblante,  
Cuando una nubecilla  
Se puso por delante  
Entre ellos y el Divino caminante.

¡O venturosa nube,  
Trono en el cual á su feliz morada  
El Rey del cielo sube!  
¡O tierra malhadada,  
De tan sumo tesoro despojada!

¡Qué habrá en el triste suelo  
De hoy mas, sino tinieblas y amargura,  
E interminable duelo;  
Si pierde ¡ó desventura!  
Al que es de todo bien la fuente pura?

¡A do volver los ojos  
De amarguísimo llanto escandecidos,  
Que no encuentren enojos;  
Si están oscurecidos,  
De la luz celestial desposeidos?

¡Cómo gozar amores  
De aquel inmenso amor abandonados?  
¡Ni cómo los fureros  
Burlar de crudos hados,  
De tinieblas y sustos circundados?

Mas no; que el Sér divino,  
En prenda nos dejó de eterna alianza,  
Un faro diamantino,  
Que alumbraba en lontananza  
La límpida region de la esperanza!

La fé impercedera,  
Claro destello de la eterna lumbre,  
Que en la mortal carrera,  
De nuestra servidumbre  
Aminora la horrible pesadumbre.

Puerto de grata calma  
En medio á las borrascas de la vida;  
Suma virtud del alma,  
Jamás enflaquecida  
Aun del bátratro mismo combatida.

Hija, en fin, predilecta  
Del supremo Señor de lo creado;  
Tan pura y tan perfecta,  
Que el arcángel malvado  
Aun la guarda en el reino del pecado!

Y en vano, en régia pompa,  
Los montes y los llanos  
Se cubren de áureas mieses,  
Pastores y rebaños:  
Lamentan ¡ay! las tristes,  
Del caro suelo patrio  
Las abrasadas lomas,  
Los ásperos collados;  
¡Que el alma nunca olvida  
Del pobre desterrado,  
Aquel hogar paterno  
Do efimeros pasaron  
Sin penas ni zozobras,  
Sus infantiles años!

¡Qué son las linfas puras  
Del arroyuelo claro,  
Ni el céfiro apacible  
Que alienta sobre el prado,  
Ni el poderoso muro,  
Ni el opulento fausto,  
Ni, en fin, los bienes todos  
Del suelo hospitalario?  
—Allí, nada recuerda  
Del Redentor los pasos;  
Ni mármoles piadosos  
Conservan encerrados  
Allí de sus mayores  
Los restos venerandos.  
Por esto en las orillas  
Del piélago salado,  
Tal vez siguen sus ojos  
Algun velero barco,  
Que en rumbo el mar divide  
Hacia los lares patrios.  
Y acaso entre sollozos  
Bañadas en su llanto,  
Recuerdan la alta cumbre  
Del Líbano argentado,  
Las encrespadas olas  
Del turbulento lago  
De Tiberiades, donde  
Jesus, con firme paso,  
En medio á la tormenta,  
Al barquichuelo náufrago  
Llegó, do sus amigos  
Lloraban angustiados,  
En la borrasca impía  
Viendo su fin cercano;  
O del feliz Carmelo  
Los picos azulados,  
Que acaso se confunden  
Con el etéreo espacio.  
Y brota de sus ojos  
Amargo y crudo llanto,  
Mientras el rumbo siguen  
De algun velero barco,  
Que en medio al remolino  
Del piélago salado,  
Navega magestuoso  
Hacia los lares patrios.

## V.

Mas luego de la vida  
Volvia la celeste desterrada  
A la afanosa realidad; y unida  
A la de *Magdalum*, jóven amada,  
Llevaba ardiendo en amoroso anhelo  
El bálsamo divino del consuelo  
Del mendigo á la choza derruida;  
A la infeliz guarida  
Del leproso, á la vista repugnante,  
Como madre solícita, anhelante,  
Que en el seno materno al hijo caro  
Guarda siempre amoroso y firme amparo.

Y al desvalido huérfano acorria,  
Y á la llorosa viuda consolaba;  
Y, pobre de tesoros terrenales,  
Con los menesterosos compartia  
Los bienes celestiales  
Que en su gran corazon atesoraba.

Y con las santas leyes nunca escritas  
De la alma compasion, cuando su pecho  
Cumplido habia; al templo do el cristiano,  
De contricion en lágrimas deshecho,  
A aquel de soberanos soberano  
Sus preces elevaba,  
Con *Magdalena* y *Juan* se encaminaba.

Y su divino labio; allí á torrentes,  
De la fé las verdades elocuentes  
Copioso derramaba  
Sobre los fieles á su voz unidos,  
Que escuchaban, de gozo enardecidos,  
De su divino acento  
El fecundo y piadoso enseñamiento.

Jamas aquella ley hija del cielo,  
Cuya base mas firme y mas segura  
Es el divino amor, tuvo en el suelo  
Tan elocuente explicacion: la impura  
Doctrina del pagano, combatida  
Por la palabra de virtud y vida;  
De su anterior prestigio despojada,  
Lidiaba aún, feroz, desesperada,  
En sus ciegos furores,  
Moribunda en verdad, mas no vencida.

Aun surgen los altares  
De los nefandos númenes traidores,  
Coronados de ofrendas y de flores:  
Millares de millares  
De hombres ilusos, al error uncidos,  
Y en el mar del pecado sumergidos,  
Lidian por el error: la sangre humea  
De torpes sacrificios, en las aras  
De Moloc y Belial, cuando aun el viento  
De la mañana orea  
Allá del negro *Gólgota* en la cumbre  
La sangre del Señor, y monte y llano  
Aun repiten su acento soberano,  
Tibios aún de su divino aliento!

En himnos de placer: el crudo lloro  
Cesaba entonces, y en alegre coro  
Con unánime voz la bendecian.

## VI.

Pero ya la fructífera simiente  
De aquel divino sembrador crecia,  
A pesar de las recias tempestades  
Que del bátrato horrendo la malicia  
Contra ella suscitó por mar y tierra,  
Con suma esplendidez y lozanía.  
La refulgente luz del Evangelio  
En estensas regiones difundida,  
No habia menester cuidado alguno  
Para acrecer su llama siempre viva,  
Y la reina del cielo, fatigada  
De esta mansion de llanto y agonía,  
Volvió los ojos hácia aquellos campos  
De perdurable amor y eterna vida.

De todos cuantos lazos amorosos  
A este destierro de dolor la unian,  
Solo quedaba *Juan*: ya *Magdalena*,  
Compañera leal y tierna amiga,  
Volado habia á la mansion celeste,  
En el llanto dejándola sumida:  
Como una flor que al postrimero rayo  
Del sol en cuya luz su ser bebia,  
Cierra el rosado cáliz lentamente  
Y sobre el leve tallo cae marchita:  
Desde la muerte de *Jesus*, la jóven,  
Privada de la fuente de agua viva  
En cuyas puras ondas mitigaba  
Su abrasadora sed, las purpurinas  
Rosas de su semblante, que á las flores  
Del plácido vergel dieran envidia,  
Perdió.—Jamas sus amorosos labios  
Volvieron á dar paso á una sonrisa;  
Y poco á poco, sin dolor ni susto,  
Ni esfuerzo, fué apagándose su vida,  
Como en las ramas de la selva umbrosa,  
La brisa de la tarde blanda espira!

Mas antes de partirse á los eternos  
Lares, aun visitar quiso *MARIA*  
Los santos sitios do la inmensa obra  
De nuestra redencion se vió cumplida;  
Y el deseo de su alma conociendo  
El amado y amante evangelista,  
Con ella se embarcó en velera nao  
Que enderezaba el rumbo á *Palestina*.

Serena está la mar: sobre sus olas,  
Que las nocturnas auras leves rizan,  
Rápida boga la feliz galera,  
De su carga inmortal envanecida.  
Ya divide orgullosa aquellos mares  
De plata y de zafir, que las divinas  
Regiones bañan, fortunada cuna  
Del arte y de la egregia poesía.  
Surge *Chio* del piélago espumoso,  
Cual de un arroyo en la argentada linfa

El robusto cimienta  
De esclavitud y torpe tiranía,  
Donde estaba sentada  
La magestad de *Roma*, ya cedia,  
No al empuje violento  
De la bárbara plebe amotinada;  
Ni á la indomable y brusca acometida  
Del esclavo que rompe su cadena:  
En la sangrienta arena,  
En vano fuertes *Catilina* y *Graco*  
Por la alma libertad, honor y vida  
Espusieron, y en raptó generoso  
Su noble sangre derramó *Espartaco*:  
—La religion caduca, ya vencida  
Del negro paganismo,  
Arrastraba el imperio al hondo abismo  
Desde la altiva cumbre.

La ciega muchedumbre,  
Esclava del horrendo soberano  
Del reino del dolor y la amargura,  
Ardiendo en saña impura  
A combatir se apresta frente á frente  
La palabra de un Dios omnipotente:  
Sus fuertes escuadrones,  
Sus verdugos prepara y sus leones:  
Mas, ¡qué son los tormentos,  
Qué el número infinito de soldados,  
De los fieles de *Cristo* denodados  
Contra los indomables corazones?  
No á la lid turbulentos  
Ardiendo en torpe cólera se lanzan:  
Oponen al furor la mansedumbre  
Del divino cordero;  
La blanda persuasion al crudo acero;  
Y acaso el triunfo alcanzan  
Aun só el yugo de férrea servidumbre,  
Oponiendo al rencor de su tirano  
El amor y paciencia del cristiano.

*Miriam* fué la columna luminosa  
Que en la borrasca impía  
De la noche del mal caliginosa,  
Fué á la naciente Iglesia claro guía:  
Cual madre cariñosa  
A los sencillos neófitos mostraba  
La eternidad y la escelencia suma  
De la ley que su labio predicaba.  
Y nunca humana pluma,  
Ni humana voz, ni entendimiento humano,  
Ni aun de los mismos hombres que vivieron  
Al lado de *Jesus*, y de él oyeron  
Su celeste doctrina;  
Ni el indecible encanto soberano,  
Ni la dulzura y persuasion tuvieron  
De aquella voz divina.  
Las profundas tinieblas que ofuscaban  
Aquellas mentes rústicas, cual nieve  
Acumulada en el invierno frio  
Que derriten los fuegos del estío,  
A la voz de *Miriam* se disipaban.

Así al ruido de su planta leve  
Los congregados fieles prorrumpian

Levanta acaso el cisne su alba frente  
Que á los rayos del sol fúlgida brilla;  
Y cuando aun, al fin del horizonte  
Se ve como una vaporosa cinta,  
*Lesbos*, la patria del sublime Alfeo  
Y de *Safo* la amante poetisa,  
En medio de las ondas se levanta,  
Cual *Venus* bella, como *Juno* altiva.  
Después, la patria de *Esculapio* surge,  
La noble *Delos*, *Rodas* la divina,  
Y *Chipre*, paraíso del deleite,  
Do fué la religion torpe lascivia.  
Y en breve, vacilando en el espacio,  
Como tal vez el águila atrevida  
Cuando cerca del sol se cierne, víese  
Un punto negro en la region vacía:  
Era el pico final de la montaña,  
Do levantó un profeta en otros días  
Altares á *Miriam* y le dió culto;  
Al traves de las lóbregas neblinas  
De lo futuro, alegre contemplando  
A la estrella del mar enaltecida,  
Y el viaje prosiguiendo, á la alborada  
Serena y pura del siguiente día,  
A vela y remo entró la leve nao  
En uno de los puertos de la Siria.

## MUERTE DE MARIA.

## VII.

Era la noche:—en una vasta pieza  
De la augusta mansion que viera un día  
Rauda bajar desde la suma alteza  
El fuego de inmortal sabiduría:  
Esplendente de luz y de belleza  
Como en su verde edad, se ve á *MARIA*,  
La escelsa esposa del Señor amada,  
Sobre un modesto lecho reclinada.

En derredor se agrupan silenciosos,  
En grande multitud, de la divina  
Ley, los mantenedores valerosos,  
Que ora el dolor mas improbo domina:  
Allí oscuros aún los que animosos,  
Su sangre verterán por la doctrina  
Del Cristo, aguardan el fatal momento  
En que rinda *Miriam* su último aliento.

Allí *Santiago* el *justo* su quebranto  
Entre calladas lágrimas devora;  
Da *Pedro* suelta rienda al crudo llanto  
Que su dolor empero no aminora;  
Mientras en los pliegues de su griego manto  
Oculto *Juan*, inconsolable llora,  
Y su dolor exhala en reprimidos  
Ayes, y dolientísimos gemidos.

Y á la cárdena lumbre, vacilante,  
Que en rojizos manojos despedían

Lámparas que del techo culminante  
Cadenillas de bronce suspendían,  
Y que como la péndola oscilante,  
A compas en lo oscuro se mecían;  
Mas vasta parecia aquella escena,  
Mas lúgubre el pesar, mayor la pena.

Mas súbito el silencio doloroso  
Que interrumpiera solo algun gemido,  
Rompió un acento vago, melodioso,  
No semejante á terrenal sonido:  
A aquel acento dulce, afectuoso,  
Como del seno del Señor nacido,  
Del cisne celestial postrero canto,  
Cesó el dolor, interrumpióse el llanto.

Y ni el plácido arroyo que murmuraba  
Bajo el ramaje de la selva umbría;  
Ni el ruiseñor que canta en la espesura  
Al espirar del moribundo día;  
Ni el céfiro suave en la verdura  
Del prado; ni la multiple armonía  
Que en mañana feliz de primavera  
Alza á su rey la creacion entera;

Ni el vago son de los tranquilos mares,  
Cuando las playas besan adormidos;  
Ni el rumor de domésticos hogares,  
Bienes del corazón los mas queridos,  
Que en fatigas y túrbidos azares  
Para siempre juzgábamos perdidos,  
Y en velada aromosa de verano  
Percibimos confuso en lo lejano;

Ni la voz del amor que al anhelante  
Pecho, asegura la feliz victoria;  
Ni el clarín de la fama resonante,  
Que canta al universo nuestra gloria;  
Ni en medio del desierto, al caminante  
Que juzga el fin llegado de su historia,  
El creciente rumor, ya de él cercana,  
Que mueve numerosa caravana;

Y ni el mismo cantar que en el altura  
Celestial, la suprema jerarquía  
Entona al Creador, puede en dulzura,  
Ni en amor, ni en suave melodía  
Competir, ni en blandísima ternura,  
Con las postreras voces de *MARIA*;  
Ni voz alguna en tierra, ó mar, ó cielo,  
Jamás á tal dolor dió tal consuelo.

Háblales de su amor, divina fuente  
Que ha de correr perenne, inagotable,  
Sabroso amparo de la humana gente  
En la vida del cuerpo deleznable:  
Luego, de la bondad omnipotente,  
De la futura vida perdurable,  
Do, cabe á *Jehová*, los escogidos  
Serán por su virtud enaltecidos.

Y como de una luz la débil llama,  
Mas vivos y fulgentes resplandores

Al extinguirse en derredor derrama;  
Así la emperatriz de los amores  
Al espirar parece que se inflama  
Aun mas en los espléndidos fulgores  
De aquella eterna, engendradora lumbre,  
Que arde del Empíreo en la alta cumbre.

Y esplica á aquellos puros corazones  
Del porvenir remoto los arcanos:  
Caerán aquellas ínclitas legiones  
En que su orgullo fundan los romanos:  
Y á pesar de verdugos y leones,  
Alzarán vencedores los cristianos,  
Signo de redencion al orbe entero,  
De Dios el estandarte verdadero.

Y al traves de revueltas tempestades  
Y encarnizadas y sangrientas lides,  
Triunfarán en desiertos y ciudades  
Los del Señor preclaros adalides:  
Azotes del error y las maldades,  
De la santa verdad nuevos Alcides,  
Opondrán el amor y mansedumbre  
Al furor de la torpe muchedumbre.

Y al cumplirse los tiempos, la semilla  
De los soldados del Señor plantada,  
Tal como el sol sobre los astros brilla,  
Lucirá al universo tremolada:  
Y la palabra de verdad, sencilla,  
Cual ley universal será acatada,  
Y en uno refundidos tantos nombres,  
A un solo Dios se humillarán los hombres.

Mas el hora sonó.—Los dulces ojos  
Fijó *Miriam* en la sublime esfera,  
Sonriendo al dejar tantos enojos  
Que cercan esta vida pasajera:  
Y á medio abrir los bellos labios, rojos,  
Cual si en el seno del amor durmiera,  
Sin fuerza ni dolor voló su alma  
A las regiones de perenne calma.

Entonces los sollozos reprimidos,  
De aquel salón los ámbitos poblaron,  
Y de fúnebre canto los sonidos  
Trémulos en los aires se elevaron:  
Los ecos de *Sion* adormecidos,  
Al rumor plañidero despertaron,  
Y sus cándidas alas desparciendo,  
Fueron las graves notas repitiendo.

Cuando el próximo sol brilló en el cielo,  
En grande profusion preciadas gomas,  
Los fieles compitiendo en santo celo  
Llevaron, y riquísimos aromas.  
Y cubierto el cadáver con un velo  
De finísimo lino, por las lomas  
Que de *Getsemaní* cercan el llano,  
Lento siguió el cortejo soberano.

Y llegando al lugar do abierta estaba  
La mas afortunada sepultura,

El lecho depusieron que encerraba  
Aquella flor de mística hermosura:  
El astro vespertino iluminaba  
Con trémulo fulgor desde el altura,  
La triste escena de dolor y luto,  
Del mas piadoso amor postrer tributo:

Y durante los tres primeros días,  
Velaron los apóstoles constantes  
Del sepulcro en las márgenes sombrías,  
Con otros fieles de *Jesus* amantes:  
Y de noche las blandas armonías  
Repetían los ecos circunstantes,  
Que acompañado de sus sistros de oro  
Cantaba en el espacio el sumo coro.

Mas en el día cuarto, un elegido,  
Que de un país tornaba muy lejano,  
Y era aquel que tocar osó atrevido  
De *Jesus* las heridas con su mano,  
Y por ver á *Miriam* era venido,  
Obedeciendo á impulso sobrehumano,  
Rogó á los otros que la losa alzarán,  
Y los amados restos le mostraran.

De su dolor movidos, levantaron  
La losa, y con asombro descubrieron  
Que no estaba *Miriam* do la dejaron,  
Y el sudario vacío solo vieron:  
Entonces en el polvo se postraron,  
Y las glorias de Dios enaltecieron,  
Que quiso sublimar á tanta altura  
Una mortal, terrestre criatura.

## LA ASUNCION.

## VIII.

Es una noche plácida  
Del abrasado estío (1);  
El viento calla indómito,  
Se aduerme el mar bravío,  
Y espira el blando céfiro  
Entre una y otra flor.

En las azules bóvedas,  
De estrellas mil cercada,  
Su faz ostenta nítida  
La luna nacarada,  
El llano y la alta cúspide  
Bañando en su fulgor.

Mas del Empíreo, súbitos  
Raudales se desprenden  
De viva luz: mil ráfagas  
De fuego el aire hienden,  
Y alto cantar de júbilo  
Se oyó en aquel confin.

Moviendo al par las cándidas  
Alas de nieve y oro,

(1) La Virgen murió en la noche del 14 de Agosto.

Cruza veloz la atmósfera  
Entero el sumo coro,  
Hasta el estrecho límite  
Del plácido jardín.

Ya llegan: la marmórea  
Losa que tanto encierra,  
Alzan; los rostros fúlgidos  
Humillan á la tierra,  
Ciegos al astro vívido  
Que osaron contemplar.

Mas el alado príncipe  
Que la falange impera,  
Y que á la diestra ciérnese  
De Dios en la alta esfera,  
Bajo el mirar fulmíneo,  
Pudo en la tumba entrar.

Como entre nubes diáfanas  
Y fajas purpurinas,  
Tras la borrasca lóbrega  
Y en tierras ya vecinas,  
Surge al cansado náufrago  
Del sol la rubia faz:

Así entre lienzo cándidos  
Y delicadas flores,  
Bañado el rostro límpido  
De espléndidos fulgores,  
La reina de las vírgenes  
Yace dormida en paz.

Entonces los arcángeles,  
Espíritus guerreros  
Que cabe al trono altísimo  
De Dios son los primeros,  
Y en cien batallas hórridas  
Vencieron á Luzbel;

Sobre sus alas rápidas  
Pusieron á MARIA,  
Y con cantar melódico,  
Por la region vacía,  
Mas breves que el relámpago,  
Vuelan á do está EL.

## IX.

¡El hijo de su amor, el cariñoso  
Amigo, el padre y el amante fiel;  
El que lloró perdido, tierno esposo,  
A cuya planta el sol es escabel!

¡A cuya voluntad generadora,  
Del caos tenebroso y á la par,  
Lució en el cielo la primer aurora,  
Y la tierra surgió del ancho mar!

¡A cuya voz las roncadas tempestades  
Conturban los dormidos elementos;  
Y se abisman los montes y ciudades,  
Convertidos en polvo sus cimientos!

¡Ante cuyo saber la ciencia humana  
Es miseria y vacía oscuridad,  
Y á cuya omnipotencia soberana  
Solo igualan su amor y su bondad!

Allí la aguarda en medio á la cohorte  
De espíritus de luz innumerables,  
En medio de los grandes de su corte  
Y en el seno de goces perdurables.

Y allí su asiento cabe el alto asiento  
Estará del Supremo Emperador;  
Respirará el aliento de su aliento,  
Y anegarése en su inefable amor.

Y casi igual al sumo poderío  
Por la misericordia y la piedad,  
Astro Miriam de amor, sereno y pío,  
Lucirá en la infinita eternidad.

## CORONA POETICA DE MARIA.

## EPILOGO.

## I.

Oh tú, cuyo poder creó la luz del día,  
Inmenso manantial de amor y poesía  
Y santa inspiracion;  
Un rayo de tu luz á mi anublada mente  
Envía, y tu vigor le presta omnipotente  
Al débil corazón:

¡Cómo, si no, cantar en lenguas terrenales  
Profana inspiracion y símiles mortales,  
La lumbre perennal,  
De aquella blanda luz que cabe á tí destella,  
Fuerte como el amor, cual la esperanza bella,  
Como la fé inmortal?

No es signo del poder que impera y que castiga,  
Y cuya fuerte voz á la obediencia obliga (tiga),  
La torpe humana grey:  
Símbolo del poder que ampara y que perdona,  
Su cetro es la piedad, de amor es su corona,  
La súplica su ley.

Fanal encantador, alumbrando en lontananza  
Al mísero mortal cual sueño de esperanza  
Un plácido jardín;  
Do cabe al Creador, las almas escogidas,  
En goces vivirán inmensos sumergidas,  
Y júbilo sin fin.

Da, pues, Sumo Señor, un rayo de tu lumbre,  
A mi razon mortal, porque á la escelsa cumbre  
Pueda feliz volar;  
Y á mi confusa voz, la plácida armonía  
Que entonan, al morir del astro rey del día,  
El cielo, tierra y mar.

Su esplendorosa luz mi noche tenebrosa  
Inunde, y tu piedad quebrante poderosa  
Mi triste esclavitud;  
Que solo así alcanzar pudiera el roneo acento  
Que exhala el corazón en afanoso aliento,  
A tanta escelsitud.

## MARIA AMANTE.

## II.

Nació Miriam á este mundo  
Tan perfecta y acabada,  
Así en las dotes del cuerpo  
Como en las prendas del alma.

Que no ya á los flacos seres  
De nuestras razas humanas;  
Allá en el celeste coro  
Pudiera servir de pauta.

Mas si en virtud y hermosura  
Y saber fué la mas alta,  
A ser en todo perfecta,  
Fué en el amor estremada.

Amor, la ley poderosa  
Que entre sí encadena y ata  
Las partes del universo  
Mas distintas y apartadas.

Por la cual, sobre la tierra  
Brotan fecundas las plantas,  
Mientras la plata y el oro  
Se funden en sus entrañas.

Por ella los mansos rios  
A la mar llevan sus aguas,  
Y vuela el ave en el viento,  
Y el pez en las ondas nada.

Y los mundos infinitos  
Que en medio al espacio vagan,  
En torno al sol, que es su centro,  
Amantes siguen su marcha.

Y desde el astro fecundo  
Que es de los cielos monarca,  
Hasta el granillo de arena  
Que se confunde en la playa,

No hay viviente criatura,  
Ni átomo en la inanimada  
Materia, que no se humille  
A aquella ley soberana.

Amor es del poderío  
Supremo, inmensa palanca;  
Vida allá en la eterna altura,  
Y en la tierra vida y alma.

Por tanto la suma ciencia  
Dió á Miriam parte tan larga  
De la llama generosa  
Que de sí fecunda mana;

Que no ya la stirpe impura,  
Enfermiza y limitada  
Del hombre, ni las eternas  
Nobilísimas sustancias

Que ante su inmutable trono  
En su mismo ardor se inflaman,  
De amor en el puro fuego  
Pudieron nunca igualarla.

Que entre los ángeles mismos  
Prendió la simiente amarga  
Que da por amargo fruto  
La ingratitud é inconstancia.

Así el arcángel maldito  
Ardiendo en soberbia ingrata,  
Arrostró las iras sumas  
En sacrilega batalla.

Mas al nacer la doncella  
De antemano señalada  
A ser feliz mediadora  
Entre Dios y nuestra raza:

Sobre su cándida frente,  
De su amor y de su gracia  
Derramó las aguas puras  
La potencia soberana.

Y como á tan altas dichas  
Después de penas tan árdidas,  
Allá en su mente suprema  
Jehová la destinaba:

Como incontrastable escudo  
En las terribles batallas,  
Fé y amor inmensos dióla,  
Y dióla inmensa esperanza.

Y el corazón defendido  
Con esta triple coraza,  
Dijola Dios: "¡Nace al mundo,  
Y serás mi esposa amada!"

## MARIA CREYENTE.

## III.

Hija del amor querida,  
Generadora lumbrera  
Que guías al débil hombre,  
De la vida en las tinieblas;

Consuelo en el infortunio,  
Amparo en nuestra flaqueza,